

Homo ignarus: fundamentos de la ignorancia contemporánea

Álvaro Chicunque

Resumen

¿Por qué en nuestra sociedad contemporánea persiste el desconocimiento o el rechazo de saberes que deberían ser de dominio público? En este capítulo me propongo indagar los fundamentos contemporáneos que permiten propiciar y justificar la falta de conocimientos o su aceptación por cierta parte de la población hoy en día. En efecto, teniendo en cuenta que nos encontramos en la cuarta revolución industrial, aquella de la tecnología digital, gracias a la preponderancia de la Internet y los aparatos inteligentes que nos permiten disfrutar de la misma. Se podría pensar que cualquier ser humano está en la capacidad de conocer y comprender algunos enunciados básicos de las ciencias, tanto formales como humanas, que adquiere a través de su crecimiento y formación académica ciertas informaciones que pueden ser catalogadas de cultura general. Lo anterior, como un conjunto de saberes esenciales para comprender el mundo contemporáneo y poder tomar decisiones maduras en el mismo. En un primer lugar, abordaremos el problema del analfabetismo científico en la actualidad. Acto seguido, estableceremos la objetividad del conocimiento científico frente a las posibles críticas

agenciadas por ciertos sectores de la sociedad. Luego, buscaremos determinar las posibles causas que impiden la aceptación y adquisición de conocimientos para el sujeto social en la cotidianidad, desde una óptica posmodernista. Todo lo anterior, buscara dilucidar el rol social de la ciencia y la percepción que de los individuos poseen de ella, teniendo en cuenta que su utilización puede beneficiar ciertos grupos sociales como factor de dominación.

1. Implicaciones del conocimiento erróneo en el mundo contemporáneo.

Vivimos en tiempos dominados por las leyes del mercado, en donde la oferta y la demanda han impregnado más allá de los simples intercambios monetarios. Los análisis de nuestra realidad reflejan un trastorno de nuestras formas de vida, de nuestras maneras de pensar. Estamos influenciados por los medios de comunicación, que determinan, aunque no lo parezca, lo que consumimos. Más allá de la simple utilidad que encontramos en las leyes de la economía, para los intercambios de bienes, estas se han convertido en el modo por excelencia de nuestras maneras de relacionarnos. Tanto así, que se puede decir que el consumo y su efecto de círculo vicioso, ha impregnado desde la década de los cincuenta los aspectos políticos, laborales, educativos e individuales de la sociedad.

En esta coyuntura, debemos preguntarnos sobre la objetividad del conocimiento o hacernos una pregunta clásica de la filosofía: ¿qué creemos conocer? o más precisamente ¿qué tanto conocemos en el mundo contemporáneo? Estos cuestionamientos, implican estudiar los emisores y los receptores del conocimiento, teniendo en cuenta que este se transmite a través de canales específicos que de una u otra forma hacen honor al viejo adagio: “el conocimiento es poder”, pues quien lo posee es capaz de determinar, haciendo eco a Foucault, los discursos y acciones que deben seguir los que no lo poseen: los receptores.

En la era de la posmodernidad, el mundo es globalizado a través de los medios de comunicación masivos, en este flujo permanente y variante de información:

¿dónde comienza lo verdadero o lo que podemos demostrar y afirmar con claridad y donde termina lo opaco, lo falso o dudoso? Si la mayor parte de la población se lava las manos a la hora de indagar sobre el funcionamiento del sistema por comodidad, indiferencia o temor; no desaparece completamente la responsabilidad de la perpetuación de discursos que se alimentan de dichas disposiciones pasivas de los individuos que participan de la sociedad, el analfabetismo científico tiene un precio y no es solo económico.

Estos interrogantes, están permeados por un tema perenne en filosofía: la ilusión, apariencia, símil, ¿por qué tenemos más propensión a satisfacernos de la ilusión rechazando o huyendo de la realidad? Buscamos constantemente la fantasía, aunque eso conlleve hacernos esclavos y contribuir a la desaparición de nuestra especie. En efecto, así como existen tres tipos de esclavos, el que no sabe, el que sabe y quiere liberarse y el que sabe, pero quiere seguir siendo esclavo, así mismo existen tres tipos de ignorancia.

Por lo tanto, este capítulo busca, más allá de establecer cómo producimos el conocimiento hoy en día, cómo producimos individuos ignorantes, desinteresados, esclavos de un sistema.

2. Aclaraciones conceptuales

Es importante hacer un repaso sobre la noción de conocimiento y su correlato, la verdad, antes de abordar la problemática de la ignorancia. Específicamente, como conocen la mayoría de los seres humanos hoy en día, y que pueden conocer a través de la formación que reciben durante su desarrollo y crecimiento al interior de la sociedad. Mi interés es demostrar que, aunque conocemos una gran cantidad de cosas, hemos acumulado avances científicos y tecnológicos, no todos son comprensibles o accesibles para la totalidad de la población. El conocimiento, y la falta del mismo, es un problema social y filosófico. Empero, se ha defendido tradicionalmente, tal vez con excesiva confianza en la capacidad racional del hombre, como lo pretendía Descartes en su *Discurso del método* (1637), que el buen sentido

es la cosa mejor repartida en el mundo y que el libro de la naturaleza revelará sus secretos. Aplicando su poder de abstracción y su orden lógico-deductivo, esta facultad diferenciadora del resto de los animales nos convierte en amos y señores de la creación. Esta pretensión liberadora y positivista, como lo pretendía Auguste Comte con su *Curso de filosofía positiva* (1842), erigiendo la dominación de la ciencia facilitada por la razón humana, surcó la mayor parte de la edad moderna. A tal punto, que durante la modernidad la razón fue considerada como aquello que brindaba sentido a la existencia humana en contra de las vicisitudes del destino, la fragilidad connatural del hombre, gracias a la dilucidación de regularidades universales, materializadas en leyes físicas, químicas, matemáticas y biológicas garantes de un orden en medio de lo fluctuante y caprichoso de la existencia mundana en perpetuo devenir. Luego, la razón “todopoderosa” parece estar en crisis hoy en día, se desconfía o ya no se le tiene la misma credibilidad que pudo tener, esperando que todos los problemas del mundo fueran resueltos casi que inmediatamente. Hay una desmitificación de la razón en la actualidad, un resquebrajamiento por las promesas no cumplidas durante la modernidad. Las causas del desencanto son, entre muchas otras, las guerras, la explotación masiva y a escala global económica y ambiental, las teorías conspirativas alrededor de las corporaciones de cualquier índole, en suma, el uso indiscriminado de la ciencia. No obstante, el conocimiento no está desconectado de lo que se hace con el mismo, para qué se le utiliza o se desvía de su finalidad propia y el error humano, por más dicente que sea, no debería opacar las mieles que el conocimiento científico, su investigación y sus resultados, han aportado para el conjunto de la humanidad.

Motivo por el cual, no podemos desdeñar de un solo tajo a la razón que, aunque mal nos haya pagado en ciertas ocasiones, contiene en sí misma las claves para su reivindicación, tal vez por azares de la estructuración social, nos hemos concentrado, en la sociedad occidental, en un solo aspecto de la razón, olvidando o desconociendo otras facetas de la misma. El conocimiento científico, es algo que se adquiere gracias a las luces de la razón. Así mismo, la ausencia y deficiencia de la misma; a saber, la ignorancia, se presenta como si de manera tácita y fácil, los seres humanos fueran capaces, por medio del uso de su propia voluntad, de adquirir todo

lo que en círculos académicos podría denominarse cultura general o un conjunto de conocimientos básicos. Estos últimos, son prerequisites para el desarrollo del sujeto social, para que de una u otra forma, puedan participar activamente en las decisiones comunes, es decir políticas. En pocas palabras, todo parece indicar que el buen sentido cartesiano de *facto* está siendo usado y aprovechado por nuestros contemporáneos.

Por lo tanto, tenemos que hacernos los siguientes interrogantes para desenmarañar el problema del conocimiento científico en épocas de la sociedad de la información: ¿qué entendemos por conocimiento en la actualidad, en la cotidianidad, de forma ingenua y cándida? ¿Son justas las pretensiones filosóficas y educativas a la hora de transmitir y dar por sentado que la población, el lego, quieren saber un mínimo de lo que sucede a su alrededor? ¿Son suficientes unos cuantos conocimientos para vivir libres de preocupaciones? ¿Son los hombres en general dados a la filosofía y a las ciencias? O por el contrario, ¿pueden hacer caso omiso a la gran mayoría de conocimientos acumulados para existir y, si es el caso, es esto deseable o aconsejable?

Según la *doxa*, la verdad es algo que es estable, pero puede cambiar. De ahí, la expresión “cada quien con su verdad”, que de forma más justa quiere decir “cada quien con su opinión” o en lenguaje coloquial “cada loco con su cuento”. En la calle la verdad es variable, moldeable tributaria de las situaciones particulares o el devenir de contextos propios, en los que los individuos se desenvuelven. El relativismo ambiente es imperante, en parte porque el ser humano detesta no tener la razón, o aceptar que ha sido puesto en evidencia porque sería reconocer que ha sido derrotado, expuesto como mentiroso o ignorante. En efecto, en la cotidianidad la búsqueda de verdad puede presentarse de manera espontánea a través de pequeños malentendidos entre las personas que desde su punto de vista desean aportar pruebas o en su defecto, en los casos extremos, lastimosamente, degenera en ataques físicos para imponer súbitamente su posición debido a una ausencia de capacidades argumentativas. Lo podemos ver en las discusiones de pareja, en las universidades en donde se confrontan perspectivas opuestas, tanto en un lugar como en otro, lo que se pone en juego es la verdad como elemento que mide

la certeza de las palabras y demostraciones presentadas. El uno cree ser detentor de una justificación para serle infiel a su pareja alegando su naturaleza masculina, mientras que la pareja considera que, por el concepto de fidelidad judeocristiana, el hombre debe serle exclusivo a ella y reparar el oprobio cometido aceptando su culpabilidad, luego enmendando la falta y finalmente pidiendo perdón. ¿Quién tiene la verdad?

No obstante, se puede considerar que la verdad no puede ser tan variable y cambiante, o determinada por alguien que “le faltan algunos tornillos” o actúa bajo la influencia del dolor pasional, ya que esta, la verdad, se manifiesta por medio de cierta autoridad poseedora del conocimiento. Puesto que, dentro de sus especificidades, la verdad se supone es absoluta e incontestable, es decir, que tiene características con relación a la objetividad. Motivo por el cual, todas las personas deberían estar en capacidad de asimilarla y haciendo abstracción de los intereses personales podría llegar a una decisión imparcial. Lo que implica, que una verdad aquí, en este momento, debe ser la misma en cualquier espacio-tiempo diferente en el que se busque. Lo anterior, incluye de igual forma ideas de universalidad, generalidad y por ende de durabilidad. La verdad expone una constancia sobre lo que se dice, una unión o adecuación entre el pensamiento y el objeto al que se hace referencia en ese pensamiento, claridad que un lunático tal vez tenga nublada.

Pero en el mundo real, estamos lejos de alcanzar esa pureza, vivimos permanente permeados por distintos discursos que pretenden controlar la verdad y están lejos de ser objetivos y, aun así, la gente adhiere a ellos por tradición, por cultura o simple obstinación. El criterio de verdad se manifiesta más complejo y dependiente de múltiples factores que pueden variar. Si extendemos estos criterios a los medios de comunicación masivos, como lo son los periódicos y noticieros de televisión, se puede enredar o tergiversar el criterio de la verdad en intencionalidades propias del poder, que encamina la información de acuerdo a sus necesidades y agendas propias. El resultado es la manipulación de los hechos para ajustarlos según lineamientos ajenos a los fundamentos propios de la comunicación social. A saber, ser el mediador entre los diversos acontecimientos que suceden en la sociedad y los individuos que la conforman.

Precisamente, el científico y astrofísico Neil deGrasse Tyson, es un abanderado de la promoción y divulgación científica. Tarea compleja, pero noble que, lastimosamente, no recibe la popularidad que tal vez los académicos utópicos esperamos. A mediados del 2017 los directores Sarah Klein y Tom Mason compartieron una película corta o short film, a través de la plataforma independiente Redglass Pictures, titulada *Neil deGrasse Tyson: Science in America*, que en español quiere decir *La ciencia en América*. Esta película, que dura alrededor de cinco minutos, explica brevemente, pero a la vez vehemente y sustancialmente, la importancia del conocimiento científico para nuestra civilización occidental y lo crucial, en palabras, del mismo Tyson, que es ser “*cientific literated*” o científicamente letrado a la hora de tomar decisiones en el mundo contemporáneo.

En este llamado a la comunidad, en particular a los norte americanos, el astrofísico cuestiona con preocupación el creciente desinterés por los conocimientos científicos y tecnológicos que, de una u otra forma, han reducido la investigación científica a un discurso entre tantos otros y, como tal, al rango de opinión entre otras formas explicativas de la realidad: “*when it comes times to make decisions about science, it seems to me, that the people has lost the ability to judge what is thruth what is not, what is reliable what is not reliable, what you believe what you should not believe*”. En español: “cuando llega el momento de tomar decisiones sobre la ciencia, me parece, que las personas han perdido la habilidad de juzgar qué es verdad y qué no lo es, qué es confiable y qué no es confiable, en que creer, en qué no se debería creer”.

En vista de lo anterior, nos encontramos ante la presencia de debates actuales, de dominio público y con consecuencias nefastas a causa de su desconocimiento, no solo para una población en especial, sino para el género humano. Entre muchas otras temáticas, convergen, por ejemplo, la negación del recalentamiento global, aun teniendo, en diferentes regiones del mundo el aumento de catástrofes climáticas. Igualmente, el rechazo de una parte de la población de vacunar a los niños porque consideran que las vacunas no son útiles para la salud de sus hijos. El resurgimiento de una creencia que data de la edad media, según la cual la tierra es plana porque se considera que lo insinuado por Ptolomeo, lo experimentado

por Magallanes y ratificado por Copérnico, no son más que cuentos inventados por la Nasa para engañarnos.

Pese a estas circunstancias, bochornosas que desafían toda lógica y sensatez para una sociedad que tiene ínfulas de “desarrollada”, Neil deGrasse Tyson, retoma la tarea promulgadora de hacer accesible la ciencia al gran público, continuando con el trabajo que Carl Sagan había efectuado durante su vida, la lucha contra las pseudociencias. Tal y como lo afirma, este último, en su obra *El mundo y sus demonios*: “si uno nunca ha oído hablar de ciencia (por no hablar de su funcionamiento), difícilmente será consciente de estar abrazando pseudociencia. Simplemente, estará pensando de una de las maneras que han pensado siempre los humanos” (2017, pág. 32).

De manera que, las explicaciones cándidas sobre los fenómenos, acontecimientos anodinos que se cimientan en creencias, pueden satisfacer psicológicamente sin que eso implique que, en la realidad concreta del mundo, dichas explicaciones estén anclados a la rigurosidad de la metodología científica que se esfuerza por demostrar y comprobar con argumentos lo que asevera.

No obstante, los mismos científicos, lastimosamente, muchas veces han caído presa de los intereses corporativos y de las agendas de los estados. En pocas palabras, los científicos pueden ser herramientas o peones de un sistema viciado sin que ellos mismos sean muchas veces conscientes. No solo es culpa de un sistema educativo deficiente, algunas veces las falencias provienen del interior del mismo gremio de los investigadores científicos. En efecto, la ciencia como toda creación humana no es perfecta, los errores, las malversaciones son posibles. Esto, no significa que se deba desechar la ciencia porque no es la panacea, un campo tranquilo e insoluble. Sondeamos, por lo tanto, un nuevo cuestionamiento, ¿por qué personas con estudios superiores pueden tergiversar los resultados de las investigaciones, sea directa o indirectamente, o bien manipulándolos, de manera consciente o inconscientemente?

Aquí, se hace necesario definir con claridad en qué consiste la tan esquivada verdad como conocimiento aceptado, en otras palabras, qué características permiten adju-

dicar a un enunciado o aseveración como verdadero en un momento determinado. En oposición a la verdad, la creencia es una aseveración o afirmación de algo sobre el mundo que no está demostrado, la adhesión a esta actitud proposicional implica que el sujeto enunciador acepta como válido lo que cree de manera consciente y subjetiva en un intento de resolver o dar explicación sobre alguna cuestión del mundo, sin que esto sea justificado o cimentado en hechos factuales. Así mismo, la creencia moviliza al sujeto a adoptar ciertos comportamientos o acciones que, de acuerdo a Charles S. Pierce, producen “hábitos de acción” como reglas que determinan el actuar de las personas. En otras palabras, las creencias, como estados mentales expresados en aseveraciones, tienen consecuencias en el mundo, produciendo hábitos y costumbres sociales fundamentadas en especulaciones probadas que encuentran su aceptación, generalmente, en el conjunto social posicionando el sujeto frente al peso de lo instaurado por la masa. El esquema simplista explicativo de las creencias, y por prolongación de las pseudociencias, satisface en gran parte las demandas de comprensión de los individuos sociales, blindando al sujeto de la duda y al mismo tiempo tranquilizándolo, apaciguando sus ansias explicativas. Entonces, es gracias a la validación colectiva o, en su defecto, a las propias vagas intuiciones del sujeto que, aunque no sean justificadas, se mitiga la necesidad de dar razones.

En este punto, podemos invocar al biólogo estadounidense, Stephen Jay Gould y su obra *La falsa medida del hombre* (1988), en donde entre otros, expone y pone a prueba hipótesis científicas que tuvieron vigencia en cierto momento en la cultura occidental durante el siglo XIX, alrededor de la mensurabilidad de la inteligencia y de la distinción racial, gracias a la craneometría y los test de inteligencia clasificatorios, determinando arbitrariamente a ciertos seres humanos como dotados con capacidades superiores en relación con otros, lo cual justificaría la dominación de los primeros sobre los segundos.

De facto, el libro de Gould abre con el mito de Platón, a propósito de la categorización de los hombres como medio de control, a través de la introyección de una historia que justifique la división en grupos sociales, de acuerdo con un orden de importancia.

Hacemos referencia al mito de los tres metales, según el ateniense una manera de garantizar el control de la población es introducir un mito que de generación en generación vaya asentándose y naturalizándose para que la sectorización entre los ciudadanos sea percibida como una necesidad estipulada desde siempre, es decir habitual.

Platón, podría decirse, es uno de los primeros que emplea la propaganda a manera de control de las masas. La historia ficticia, prona que los dioses crearon tres clases de hombres a partir de tres metales, los primeros y más valiosos, son hechos en oro, los segundos en el escalafón son los hombres de plata y los de inferior calidad son aquellos de bronce. El objetivo es la jerarquización de la sociedad y la aceptación pacífica de aquella estandarización. Precisamente, el mito sirve como un recordatorio de que la separación y diferenciación entre los seres humanos, la inducción de distinción de un grupo como superior, no es algo de la modernidad o de la edad media, ni del capitalismo moderno, y es mantenida por conveniencia atemporalmente. Se puede motivar también, desde la ciencia, como lo intenta demostrar Gould en su libro, a causa de una pérdida de objetividad consciente o inconscientemente, dando razón a ideologías culturales y creencias vagas, inducidas por la sociedad sin que eso signifique que deban ser aceptadas.

Por consiguiente, la ciencia se propone como un modelo explicativo, sin ser la verdad revelada o absoluta, a manera de interpretación de la realidad. El cual, busca fundamentar de manera clara el funcionamiento de los fenómenos. Dicha interpretación se justifica a través de su metodología, en oposición a otros esquemas interpretativos de la realidad. La ciencia supone una rigurosidad sistemática que garantiza su importancia frente a modelos de otro tipo, como lo son las interpretaciones de orden religioso. Cuando mencionamos la sistematización hacemos referencia a procesos, etapas, momentos que conforman la investigación científica, los cuales deben seguirse seriamente para que el conocimiento propuesto este demostrado en diferentes ámbitos y niveles, cumpliendo con requisitos de estabilidad, atención y solidez de lo que se formula o propone como conocimiento. En efecto, la sistematización procedimental otorga toda la validez al constructo científico, separando a la simple opinión, creencia o intuición vaga, del conocimiento riguroso. Los momen-

tos que sostienen el edificio del conocimiento científico son la observación atenta, seguido de la formulación de la hipótesis, la experimentación, que busca poner a prueba lo planteado en la hipótesis inicial para confirmar, replantear o descartar lo intuitivo después de la observación; acto seguido, se publican los resultados, se echan a la arena de lo pares que busquen verificar o en palabras de Popper, “la falsabilidad” del resultado para comprobar que lo estipulado está debidamente ejecutado y en coherencia con las demás teorías científicas aceptadas. En suma, se critica, se mide y se contradice sistemáticamente para apreciar si la hipótesis puede sobrevivir al ataque de una visión externa y opuesta, brindándole objetividad.

3. El analfabetismo en la posmodernidad

Estas preocupaciones no solo hacen parte de los científicos, sino también de otros pensadores. En efecto, desde la filosofía y sociología, a partir de Lyotard y su obra *La condición posmoderna*, se hace un llamado sobre la situación del conocimiento en el mundo y se acusa a los Estados del *laissez-faire*, al mejor postor. Es decir, los Estados son como niños en brazos, a la merced de las multinacionales, quienes en el fondo son las que financian y deciden sobre lo que se debe o no investigar, determinando el destino de los niños-estados. Para el francés, asistimos a una mercantilización del conocimiento. De hecho, para los pensadores catalogados de posmodernos, nos encontramos en una mercantilización de la totalidad de las actividades humanas. Para decirlo de manera simple, quien tiene la capacidad económica y paga los sueldos, decide lo que es “valioso” y “fructífero” para la sociedad, ejemplo, bienes de consumo, nuevas tecnologías, medicamentos, todo lo que genere dividendos y ganancias; porque de lo contrario no es solvente y por lo tanto, atractivo.

Este panorama actual, rápidamente descrito, se manifiesta en el francés de la siguiente forma, en el primer capítulo de *La Condición posmoderna*:

El antiguo principio de que la adquisición del saber es indisociable de la formación (*Bildung*) del espíritu, e incluso de la persona, cae y caerá todavía más en desuso. Esa relación de los proveedores y de los usuarios

del conocimiento con el saber tiende y tenderá cada vez más a revestir la forma que los productores y los consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es decir, la forma valor.

El saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su "valor de uso". (p, 6-7)

Por consecuencia, la relevancia del conocimiento como detonante de un cultivo de la persona de manera desinteresada, solo por el impulso propio de la curiosidad que quiere comprender en busca de un proceso educativo de mejoramiento de sí mismo, es completamente aniquilado. En jerga kantiana, podría decirse que el conocimiento pierde su finalidad en sí misma, educa a los hombres, para convertirse en un medio, para enriquecer al que lo tiene. Por lo tanto, el conocimiento es deformado, según Lyotard, en un producto que poco o nada aporta a la interioridad del individuo, pero que puede ser usufructuado dicho conocimiento como un bien que será dotado de valor al mismo nivel que cualquier objeto que tiene precio en el mercado de valores, de la bolsa. Presenciamos una fuerte influencia del sistema neoliberal donde se da prioridad a lo económico, más allá de la utilidad o beneficio que pueda traer para el conjunto de la población. Las leyes del mercado se apoderan totalmente de los investigadores y de las personas que puedan interesar las investigaciones, a saber, el resto de la sociedad, que es incapaz a su vez de entender la profundidad de lo que los primeros hacen. Así, el abismo que se forja entre, lo que Lyotard llama, "productores y consumidores", es una falla de comunicación voluntariamente instaurada. Debido no solo, por la multiplicidad de lenguajes técnico-científicos que van aflorando a medida que se realizan nuevos descubrimientos, los cuales no son asimilados por la mayoría de la población, sino también, al manejo que se da a los saberes, haciendo que unos sean más apetecidos económicamente que otros, y financiando los que las multinacionales consideran más relevantes para sus intereses, por encima de aquellos que no generan dividendos en el mercado. El analfabetismo sería, entonces, un constructo voluntario del neoliberalismo que encontraría una vez más, beneficio en controlar la generación de conocimientos científicos porque son una arista más del mercado.

De la misma forma, Lipovetsky elevará su voz en *La era del vacío* (1986), exponiendo el desinterés generalizado de la sociedad occidental, eclipsada por la personalización desaforada, es decir la indiferencia total por el otro y por el bien común, al mismo tiempo que se manifiesta una preponderancia de la satisfacción personal del individuo social, convirtiéndose en seres egoístas. Por consiguiente, Lipovetsky, atribuye al hombre contemporáneo a Narciso, como patrono mitológico que describe la existencia de manera generalizada de todos nosotros, porque Narciso busca aplacar ansias masturbatorias de placer infinito, consigo mismo. Los narcisistas contemporáneos se desentienden de la realidad porque esta aburre e incómoda, encontrando solo estimulación en el espectáculo permanente de la sobreexcitación de lo sensorial. Sumergiendo sus rostros en el entretenimiento pasivo y aislado de las pantallas que dictan, ilusoriamente, una elección predeterminada por la producción en masa de objetos con fecha de caducidad integrada, los cuales necesitan ser renovados infinitamente al mismo tiempo que la estimulación pasajera:

La seducción posmoderna no es ni un sucedáneo de comunicación ausente ni un escenario destinado a ocultar la abyección de las relaciones comerciales. Sería remitirla de nuevo a un consumo de objetos y de signos artificiales, reinyectar engaño allí donde existe ante todo una operación sistemática de personalización, dicho de otro modo, de atomización de lo social o de expansión en abismo de la lógica individualista. (p. 23)

De tal forma, que el hombre contemporáneo solo se ocupa de su propia y cotidiana existencia, no por deficiencia comunicacional porque vivimos hiperconectados o por un rechazo del sistema capitalista imperante, sino por un retraimiento voluntario del narcisista posmoderno en su propio reflejo, puesto que es lo más gratificante, estable y seguro ante una realidad social nada apaciguadora. Esta lógica, abarca la totalidad de las actividades que atañen la vida en común a tal punto, que la tendencia del hecho a la medida de las exigencias del individuo se esparce en la educación:

Ya en la enseñanza: trabajo independiente, sistemas opcionales, programas individuales de trabajo y apoyo por microordenador; tarde o

temprano diálogo con el teclado, autoevaluación, manipulación personal de la información. (p.20)

Lo que señala aquí el francés es el resquebrajamiento de lo común, de la *res publica* (cosa pública), dentro de la *polis* que se desvanece para que el yo consumista inunde con sus demandas de goce inmediato el endeble entramado social.

Todo esto es atizado y perpetuado por las instituciones sociales y sus diferentes actores que encuentran en “la indiferencia por saturación, información y aislamiento” (p.44) las cuerdas para controlar el escenario social:

En cuanto al impacto real de la personalización programada, podemos preguntarnos si no ha sido sobrevalorado considerablemente por los publicistas y los políticos, ampliamente seducidos a su vez por los mecanismos de la seducción del *star system* en la medida en que todos los líderes se someten a ella en mayor o menor grado, el efecto se anula por difusión y saturación mediática, la seducción se presenta como un ambiente *soft*, imperativo y sin sorpresas, que distrae epidérmicamente a un público que dista de ser tan ingenuo y pasivo como imaginan nuestros actuales detractores del “espectáculo”. (1986, p. 26)

Asistimos a una interdependencia entre una producción científica sesgada por la financiación de la misma, que pierde autonomía a la hora de escoger lo que merece ser explorado, priorizando en gran medida solo investigaciones que generen ganancias sumergidas en procedimentalismos copiados del manejo empresarial y administrativo en los cuales se mide eficacia, performatividad y cantidad, muchas veces por encima de la calidad. Relegando la capacidad reflexiva a las muletas del entretenimiento pasajero y un público presa de un marasmo sensualista que frente a las obligaciones cognitivas sociales se muestra completamente apático.

Bauman, en su obra *La modernidad líquida*, utiliza la metáfora del *camping* para describir la situación de los hombres de la actualidad frente a todo lo que los rodea. En esta alegoría, todo sucede como si los individuos sociales contemporáneos vivieran en un *camping*, en el cual solo expresan su inconformismo si alguna de las prestaciones

básicas se ve afectada. En otras palabras, hay educación en dicho *camping*, pero la mínima, así solo se manifiesta inconformismo cuando esta falta súbitamente, aunque la calidad de la misma sea defectuosa y los conocimientos que ofrece no cumplan con los parámetros esperados de una prestación de servicios de esa índole.

Todos tres apuntan, a un panorama oscuro y lúgubre de la sociedad occidental, en una decadencia de la civilización que se desmorona, pero no importa mientras esa deflagración venga acompañada de espectáculo y diversión sensorial, dopantes de algo que se intuye ya no tiene salvación alguna. Análisis apocalíptico de la realidad contemporánea, como vestigio de lo que pudimos ser como especie, pero no fue y ya no le interesa ser.

Teniendo en cuenta estas alertas que cimientan la hipótesis de un cambio de paradigma y de época en la historia humana. La educación formal no escapa a esta mentalidad y lógica economicista. Los títulos universitarios y el acceso a la educación de buena calidad están determinados, en gran parte, por los países de América Latina por la solvencia económica y los estudiantes. A mayor capacidad económica, mejores posibilidades de formación y de adquisición de un trabajo bien remunerado.

En este sentido, cuando hacemos alusión al alfabetismo científico de una población, se hace referencia a un conjunto de saberes básicos que determina qué factores son cruciales para el individuo en el momento actual. En otras palabras, cuáles son los conocimientos básicos de la ciencia para ejercer una ciudadanía responsable, así como de las TIC y del inglés, necesarios para el sujeto dentro de sociedades cada vez más globalizadas. Entre otros, los investigadores Francisco López Segrera y Cristian Parker Gumucio, en su artículo *Alfabetismo científico, misión de la universidad y ciudadanía: ideas para su construcción en los países en vías de desarrollo* (2009), dicen que:

Las carencias de cultura científica de la ciudadanía están referidas a aspectos muy básicos, sin los cuales no es posible entender el trabajo científico por lo que la ciencia y sus aplicaciones se convierten en algo incomprensible e irracional, que colinda con la magia.(p. 269)

De lo anterior, cabe resaltar, que la relación tacita entre la producción de conocimiento científico en la actualidad, en conjugación con el desarrollo tecnológico, así como la posibilidad de las personas de comprender los alcances y consecuencias de ese mismo desarrollo, tienen repercusiones en su estilo de vida, en la manera como evalúan la realidad. La ausencia de estas repercute en la capacidad analítica de la realidad política, a tal punto que se le otorgan tintes mágicos a eventos cotidianos que pueden ser explicados científicamente, pero que muchos de nuestros contemporáneos desconocen, eligiendo caminos supersticiosos como esquemas explicativos porque son más simples de aceptar; sencillamente, porque el peso cultural y social ejercen una presión considerable. Ir en contra de lo inculcado y mayoritariamente “naturalizado”, en el sentido que es aceptado como propia la naturaleza humana, sin cuestionar la causa de su uso masificado en un largo periodo de tiempo, dando la impresión de ser un rasgo inherente al humano, pero que en realidad es artificial, implica tener ciertos conocimientos científicos sobre esas mismas tecnologías que utilizan en la cotidianidad y sus implicaciones. De lo contrario, como lo vaticina Lyotard en su obra, se corre el riesgo de fomentar la aparición de grupos de inexpertos y analfabetas científicos a merced de unos cuantos iniciados y tecnócratas.

Resultado de esta división entre conocedores e ignorantes, emanaría una consecuencia directa de la misma, enunciada por López y Parker:

La relación entre pobreza, oportunidades educativas y mantenimiento en la situación de pobreza es estrecha, lo que pone de relieve las enormes dificultades para favorecer la movilidad social en Latinoamérica. Si bien la tasa de matrícula universitaria promedio en la región ha pasado de 17% a principios de los 90s a cerca del 32% en la actualidad, la población de bajos recursos tiende a resultar excluida de la educación superior pública por haber asistido a escuelas de menor calidad, lo que les impide aprobar los exámenes de selección. (2009, p.273)

En otras palabras, hay una incidencia entre la formación y la obtención de trabajos con mejores pagos. Así mismo, la calidad de los conocimientos adquiridos es proporcional a la capacidad económica de los estudiantes. Este acceso a

la educación está enmarcado por los Estados que se encargan, con la deficiente formación de escolar, de filtrar el número de personas que pueden seguir aprendiendo porque presentan precisamente, falencias de conocimientos que les dificulta ingresar a universidades con un buen nivel académico. Hay una responsabilidad de los Estados, y en particular de los gobiernos de Latinoamérica, de asegurar ese derecho fundamental a la educación de calidad. Sin embargo, como vemos, las mecánicas neoliberales dejan muchas veces esa responsabilidad a entidades privadas que aunque no lo acepten directamente, su objetivo es enriquecerse gracias a la necesidad que no satisfacen los estados.

Así mismo, López y Parker, manifiestan la irrupción en la cotidianidad de la ciencia y la tecnología sin que esto implique que su aparición en nuestra vida diaria vaya de la mano de una comprensión adecuada:

En la prensa diaria nos encontramos conceptos que muchos ciudadanos, más del 50% aún en los países desarrollados y un porcentaje mayor en el mundo en desarrollo, no son capaces de entender. Entre ellos: inteligencia artificial, teoría del caos, redes neuronales, sistemas complejos, biodiversidad, nanotecnología, genoma humano, sistemas expertos, biosferas espaciales, realidad virtual, ciberespacio, teoría de supercuerdas, lógica difusa, hipótesis de Gaia y otros muchos. (2009, p. 276)

Estas ideas, hacen eco con las preocupaciones de Neil de Grasse Tyson y su mentor, pues, poco a poco, somos más dependientes de la utilización de dichos descubrimientos en nuestras vidas, se insertan en nuestro paisaje habitual y su presencia está lejos de ser asimilada por la totalidad de la población. Sin embargo, dicha asimilación y el manejo de temáticas científicas son abandonadas a su suerte; teniendo en cuenta que, más temprano que tarde, tendrán una incidencia consuetudinaria y por ende necesaria en la actualidad.

Como podemos apreciar, esto no se hace de forma inocente, sino por medio de directrices políticas que dan prioridad a otros intereses. En efecto los Estados, deberían estar en la capacidad de ofrecer educación a sus ciudadanos, pero el cálculo economicista no es atractivo para ellos.

Siguiendo el mismo orden de ideas, Marcelino Cereijido, escribe en la introducción a la segunda edición de su libro *La ciencia como calamidad*, haciendo precisamente eco al adagio de Francis Bacon, mencionado al inicio de este capítulo, y ampliando su alcance que continúa vigente y más certero que nunca, después de siglos:

"Knowledge is power" de Francis Bacon que de ahí en más, paso a decir: *"El conocimientos que tengo me brinda poder a mí, pero, si el "Otro" ignora, yo resulto ser más poderos aún"*. Explicita o tácitamente al Primer mundo le conviene que todo lo que requiera conocimiento científico lo atesoren ellos, y que el 90% restante de la humanidad sea su ganado, o si queremos ser menos ofensivos llamémoslo "clientes", o "colonias-de-hecho", o "estados libres asociados", o "zonas de influencia". (p. VIII)

De acuerdo con lo anterior, se puede deducir que como hemos venido demostrando, la pregunta sobre el analfabetismo científico está a la orden del día como una forma efectiva de control social. En efecto, quien controla y administra el desarrollo tecnológico y científico, decide sobre lo que se debe conocer o no. La preponderancia de carreras técnicas, frente a carreras de índole más críticas como la filosofía, es una prueba de ello. Es preferible tener personas adoctrinadas en la repetición cíclica de actos, en lugar de que piensen, si lo que hacen genera algo más que una retribución económica. En palabras de Cereijido, *"asistimos a una adaptación social en clave de competitividad entre los individuos, en la cual la supervivencia del más fuerte es asegurada por el éxito económico"*:

Todo organismo sobrevive como puede y con lo que tiene; nosotros también y, por desgracia, unos de los usos que damos al conocimiento es competir. El éxito depende de dos posibilidades externas: *o que nosotros sepamos muchos o que el rival sepa poco*. (p.142)

Las tecnocracias han proliferado, pero a partir del momento que sea interesante monetariamente, siendo este el objetivo primordial del susodicho progreso tecnológico, sumado a la indiferencia de una gran parte de la población que percibe con enorme naturalidad la proliferación de comodidades, sin cuestionarse cuáles son las consecuencias de ello. Lo anterior, produce una peligrosa ecuación de

conformismo inmediato, mezclado con desconocimiento a largo plazo, pero el todo justificado neoliberalmente, es decir políticamente, solo sobrevive el más fuerte, en un trasfondo de competencia perpetua que valoriza exclusivamente al individuo en detrimento de lo colectivo. Continúa el argentino:

En la actualidad, la riqueza e influencia dependen del flujo de dinero, de cerebros y de ideas para generar inventos, investigación, software, diseños, diversiones, innovaciones legales y técnicas financieras. En opinión de Thomas L. Friedman (2000), cuanto más se permita que rijan las fuerzas del mercado y más países abran su economía al libre mercado y la competencia, más eficaz y floreciente será la economía. (p. 142)

Es evidente que la producción, y divulgación del conocimiento son factores de dominación sociopolítico utilizados en favor de unos cuantos, generalmente multinacionales, en detrimento de una gran población que no puede influir sobre aquello que les afecta porque sencillamente lo desconocen o porque considera que es así y no puede hacer nada en contra para cambiarlo. Es porque se impone una estructura débil de pensamiento, o precisamente porque no existe la más mínima capacidad de cuestionar las cosas que se considera que han tenido y tendrá la misma manera de efectuarse por *secula seculorum*, no cuestiono y así evito ser molestado. Luego, el abandono de la formación científica somete y hace dependiente a las personas sin aquel conocimiento, de aquellas que lo manejan, como lo sustenta Cereijido:

Con todo, es muy difícil convencer al analfabeto científico que el subdesarrollo no se reduce a carecer de dinero, sino que se consume cuando hay Otro que los conoce mejor y les impone la identidad que debe oficializar. (2012, p.194)

Motivo por el cual, debemos distinguir entre al analfabetismo a secas que implica no saber leer ni escribir, y que ha disminuido, pero continúa presente en ciertas zonas rurales, abandonadas por los gobiernos. Del que hemos hablado, particularmente desde el inicio de este capítulo, más contemporáneo y relativa-

mente reciente, es el analfabetismo científico. Sin embargo, en la distancia entre uno y otro, es posible la causa de una tercera forma de analfabetismo, a saber, el analfabetismo funcional o alfabetismo disfuncional. Este último, puede definirse en personas que aprendieron a leer, escribir y calcular, pero no comprenden o no asimilan adecuadamente estos procedimientos. No son analfabetas completamente, se les enseñó a leer y a escribir, pero la capacidad de análisis de redacción es limitada, dificultándoles el manejo de la lengua, el significado real de los conceptos, impidiéndoles forjar argumentaciones y demostraciones adecuadamente estructuradas. Tiene, entonces, la capacidad de leer asociando las letras y las consonantes, pero desconoce completamente lo que quiere decir dicha asociación de lingüística. Por ende, este alfabetismo a medias es ineficiente porque no funciona para lo que se espera: que las personas sean realmente capaces de entender integralmente lo que se enuncia e impedir una comunicación y transmisión concreta y asertiva del conocimiento. Dejando entonces la posibilidad de comunicar y construir a un número reducido de la población.

La comunidad científica y académica, reconoce que existe un problema de transmisión del conocimiento a causa de los vacíos educativos de la población occidental, los cuales convierten las explicaciones doctas en oscuras lucubraciones, solo comprensibles para ciertos iniciados, forjando un abismo entre los que saben y los que desconocen. Cautivar e incentivar a la comunidad en general es, entonces, una tarea que debe efectuarse si se quiere disminuir la brecha del analfabetismo científico haciendo accesible algo que puede parecer obtuso.

Aun cuando los demonios de Sagan parecen estar ganando la batalla, el problema es que, aunque someramente no lo parezca, el binomio ciencia y poder político van de la mano: las decisiones del uno afectan al otro, desencadenando consecuencias sociales.

Luego, existe una interdependencia que a grandes rasgos puede parecer ser sutil, más no insignificante entre lo que una población acepta y defiende como conocimientos válidos, así como dignos de confianza, ya que, de una u otra forma, lo que conocemos nutre nuestras acciones y por ende la toma de decisiones.

4. Consideraciones finales.

La anterior radiografía o panorama de la cuestión científica en la sociedad contemporánea puede dar la impresión de ser polarizada, no obstante, busca comprender las deficiencias y causantes del abandono o desprecio de la *vox populi* por los descubrimientos científicos. O por qué los ven con cierta desconfianza.

Pero esto no viene solo, hay una estructura que se organiza alrededor de esta predilección por ciertas formas de vida a manera de propaganda.

Sin embargo, estas expectativas en la ciencia, lastimosamente, no son siempre cumplidas porque la ciencia es un producto humano en proceso de mejoramiento, sin acabado definitivo, es un diálogo permanente que se cuestiona en busca de deficiencias o errores para corregirlos; diría uno, como los humanos en su proceso de crecimiento, ensayo y error. Algunas de las influencias negativas que pueden tergiversar los resultados e incidir en contra de la misma producción científica son señaladas por Gould, y como todos los hombres son hijos de su época, tal vez, no alcanzan a sortear por vivir sumidos en las vicisitudes de la cotidianidad que les afecta. Estamos en una sociedad que fundamentalmente se ha hecho dependiente de la acumulación y dilapidación del dinero. La mayor parte de nuestras relaciones son comerciales, de carácter monetario, y narciso necesita más diversión.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S. A.
- Cerejido, M. (2012). *La ciencia como calamidad, un ensayo sobre el analfabetismo científico y sus efectos*. España: Gedisa editorial.
- Descartes, R. (2011). *Descartes*. Madrid: Gredos.
- Gould, S. (1988). *La falsa medida del hombre*. Argentina: Ediciones Orbis, S. A.
- Klein, S. y Mason, T. (2017). *Neil deGrasse Tyson: Science in America*. [Documental] E.U: Red-glass Pictures.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío, ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Anagrama S. A.
- Lopez-Segrera, F. y Parker-Gumucio, C. (2009). *Alfabetismo científico, misión de la universidad y ciudadanía: ideas para su construcción en los países en vías de desarrollo*. Avaliação (Campinas) [online]. vol.14, n.2, pp.267-290.
- Lyotard, J. F. (1987). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Traducción de Mariano Antolín Rato. Madrid: Ediciones Cátedra S. A.
- Sagan, C. (2016). *El mundo y sus demonios, la ciencia como una luz en la oscuridad*. Barcelona: Editorial Planeta.